

A black and white close-up portrait of Elizabeth Taylor, looking slightly to the right with a neutral expression. Her hair is styled in a classic 1950s fashion. The background is dark and out of focus.

Primera
biografía
autorizada

Kate Andersen Brower

Elizabeth Taylor

La fuerza
y el glamour
de un icono

Biografía

LIBROS CÚPULA

Kate Andersen Brower

Elizabeth Taylor

La fuerza
y el glamour
de un icono

Biografía

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *ELIZABETH TAYLOR. The Grit & Glamour of an Icon* by © Kate Anderson Brower, publicado por primera vez en HarperCollins Publishers, 2022.

@ del texto: Kate Anderson Brower
@ de la traducción: Joan Andreano Weyland

Primera edición: octubre de 2023

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: © Daily Express/Hulton Archive/Getty Images

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-3663-8
D. L: B. 6617-2023

Impresor: Rotoprint
Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	13
<i>Introducción</i>	21
Nace una estrella	47
Amor joven	93
Bessie Mae	103
«La va a matar»	111
Amor y matrimonios	127
Rock, Jimmy y Monty	139
Mike Todd: «Él era mi Rey»	155
Eddie Fisher: «Él mantuvo vivo a Mike Todd»	171
La pionera	189
Loco, estúpido amor	233
El botín: las extraordinarias joyas de Elizabeth	277
El fin y un nuevo comienzo	291
Esposa política	315
Adicción	345
Construir un imperio	365
«¡Haz algo, zorra!»	381

La señora Taylor va a Washington	403
En busca de Neverland	421
Perdón	435
Dama Elizabeth	451
La subasta: «El recuerdo siempre nos devuelve una punzada de alegría, de amor»	465
<i>Epílogo</i>	471
<i>Agradecimientos</i>	483
<i>Bibliografía selecta</i>	509

CAPÍTULO 1

NACE UNA ESTRELLA

Querida Madre:

*Espero que te guste mi cansión. Mamá yo no quería aser lo que ise hoy
PERO no te voy a decir lo siento te voy a demostrar que estoy portandome
bien porque dios me va alludar a ser buena.*

¡Ay cuanto te quiero! Besos¹

ELIZABETH

Elizabeth Rosemond Taylor nació en Londres el 27 de febrero de 1932, de padres estadounidenses: Sara, una actriz que para la escena había adoptado el nombre Sara Sothern, y Francis, un marchante de arte. A Elizabeth le pusieron el nombre de su abuela materna, Elizabeth Ann Wilson, que nació en 1864. Sara tenía vocación por el arte dramático, vocación que pasó a su hija, e insistía en que descendía de María Estuardo, reina de Escocia.

Sara y Francis ya tenían un hijo, Howard, nacido dos años antes, por lo que esta vez Sara había rogado tener una hija. Era devota de la Ciencia Cristiana² y creía que Dios estaba siempre ahí,

1. Nota de Elizabeth a su madre, en 1939, cuando tenía siete años, errores incluidos.

2. Sistema de creencias basado en la sanación por medio de la fe, establecido a finales del siglo. XIX por Mary Baker Eddy, fundadora de la Iglesia de Cristo Científico. (*N. del T.*)

dispuesto a escuchar sus plegarias. Cuando esperaba a Howard, su madre le había aconsejado que se llenase la mente de «pensamientos hermosos» para dar a luz a una criatura bonita. Creyó que la cosa funcionaba: Sara recordaba que cuando Howard nació parecía «un ángel de Botticelli, con rizos rubios y ojos azules y brillantes». En aquella fría mañana de febrero de 1932, en Londres, sus plegarias fueron respondidas... aunque no del todo.

—¿Es perfecta? —preguntó Sara.

—Sí, es perfecta —respondió la enfermera.

—¿Hermosa?

—Sí, hermosa —dijo la enfermera.

—¿Tiene mucho cabello? ¿Es claro u oscuro?

—Montones de cabello. Cabello oscuro —explicó la enfermera.

Pero cuando pusieron a la recién nacida Elizabeth en brazos de su madre, envuelta en un chal de cachemira, Sara retrocedió horrorizada. «El cabello era largo y negro. Tenía las orejas cubiertas de un vello negro y espeso, que caía hacia los lados de la cabeza; la nariz parecía un botón ladeado y la carita estaba tan arrugada que parecía que jamás fuera a alisarse.» ¿Este era el resultado de todos aquellos «pensamientos hermosos»? Sara pensó que quizá no había prestado suficiente atención al segundo producto de su matriz y ahora se la castigaba por ello.

«A partir de ese día —escribió—, la cogía en mis brazos cada día y le pedía a Dios en silencio, por favor, no dejes que le crezca pelo en los sitios en los que no debe haberlo. ¡Que no le crezca en las orejas, en los brazos y en la espalda! Para mí pasó a ser la criatura más hermosa del mundo y me enfadaba muchísimo cuando mis amigas la miraban y decían: “Pobrecilla. ¡Qué pena que no sea ella el niño y Howard la niña!”. Elizabeth no abrió los ojos hasta el décimo día, la cara seguía cubierta por vello negro y tenía manchas rojas por todo el torso.»

Sara, que no era tan superficial como puede parecer, rezaba para que el aspecto de su hija mejorase, y desde luego que mejoró, y de una forma extraordinaria. Pasó de no hablar hasta que tuvo más de un año —a diferencia de Howard, que comenzó a

hacerlo con poco más de seis meses— a hablar y gorjear todo a la vez. «Ya hacía tiempo que había desaparecido el vello de los brazos, la espalda y las orejas; ahora la naturaleza entera parecía empeñada en convertirla en algo hermoso. Hasta se le agrandaron los ojos», escribió Sara en 1954 en una serie de artículos titulada «Elizabeth, mi hija» para el *Ladies Home Journal*. «Una doble hileras de pestañas negras y tupidas hacían sombra a dos profundas lagunas azules.» Al año y medio de edad, la transformación de Elizabeth ya era completa. Sara se aseguró de que la metamorfosis de oruga en mariposa quedara plasmada en la historia de la vida de su hija.

La belleza de Elizabeth llegó a definirla y, en ocasiones, a atormentarla. El recuerdo más temprano de su infancia fue meter un dedo en un calefactor eléctrico. «Me fascinaba el color rojo —le contó a David Frost en 1972—, de manera que me acerqué a él gateando y metí el dedo, y entonces me di cuenta de que el color y la belleza no siempre eran bellos sino que llevaban consigo el dolor.»

Los padres de Elizabeth se habían conocido en Kansas City y habían sido amigos desde la infancia. Perdieron el contacto cuando Francis se trasladó a Nueva York para trabajar con su tío Howard Young, un marchante de arte multimillonario que tenía una galería muy conocida en la ciudad, y Sara, por su parte, comenzó su carrera de actriz. Cambió su apellido Warmbrodt por Sothern y eliminó la *h* final de su nombre de pila, que hasta entonces había sido Sarah. Todo esto ocurrió después de que ella y su madre escudriñaran el listín telefónico en busca de nombres apropiados para el teatro. Su papel de más éxito fue el de Mary Margaret, una niña de doce años con discapacidad, en la obra *The Fool* (El tonto). Al final del tercer acto la niña se curaba. A nadie pareció importarle que la actriz que la interpretaba tuviese veintiséis años. Guardaba como un tesoro una carta fechada en 1924 en que Su Majestad la Reina le decía que había disfrutado mucho con su actuación. «Sin embargo —escribió más tarde—, el escenario y toda mi carrera terminaron cuando me convertí en la esposa de Francis Taylor, ¡lo cual estuvo muy bien!»

Ella y Francis volvieron a encontrarse en 1927 en el glamuroso Baile de Mayfair, celebrado en el hotel Ritz-Carlton de Nueva York. Sara, que tenía unos grandes ojos oscuros y lucía el peinado de moda (melena corta) decidió esa noche que había encontrado al hombre con el que iba a casarse. Antes de dos semanas ya estaban comprometidos. La que propuso dicho compromiso fue Sara. Cuando le preguntó a Francis, que tenía un temperamento más tímido, por qué no se le había declarado aún, él le respondió que porque la consideraba «una estrella demasiado importante».

Se casaron y llevaron una vida desahogada gracias a la generosidad de dos benefactores: el tío Howard y el miembro conservador del Parlamento británico Victor Cazalet. Demostrando mucha astucia, Sara se había hecho amiga de la hermana de Cazalet cuando se encontraba en Londres de gira con una obra teatral. Cazalet incluso les regaló una casa de fin de semana. Francis pensó que Sara estaba intoxicada por la riqueza y el poder de Cazalet, y llegó a sospechar la existencia de una aventura. Cuando el tío de Francis le pidió que fuese el director de la sucursal londinense de su galería de arte, los Taylor se instalaron en Inglaterra. Vivían en Hampstead, un selecto barrio de Londres. Su casa estaba en Wildwood Road, frente a Hampstead Heath, y tenía un exuberante jardín con tulipanes amarillos de un metro de altura, flores de lavanda, y un auténtico jardín de rosas que descendía en forma de terraza hasta el parque, e incluso una pista de tenis. Llamaron a su casa Heathwood.

Cazalet fue designado padrino de Elizabeth, y fue quien ayudó a que vivieran la vida de las clases altas, lo que incluía un chófer, dos asistentes y una niñera. Elizabeth pasó veranos y fines de semana con su familia en un coqueto chalé de ladrillos del siglo xvi, cubierto de hiedra verde y llamado Little Swallows. El chalé estaba situado dentro de la propiedad de Cazalet conocida como Great Swifts, cerca de Cranbrook, Kent, a noventa y cinco kilómetros de Londres. Cazalet, que también era científico cristiano, presumía de tener una conexión espiritual con Sara. Pasaban horas juntos leyendo los escritos de la fundadora de la iglesia, Mary

Baker Eddy. Francis no pertenecía a esa fe y mientras Sara no aceptaba ninguna medicina para sus hijos —los científicos cristianos creen en el poder de curación de la oración, y no de la medicina—, él a veces metía algún medicamento de contrabando en la casa. La devoción de Sara a la Ciencia Cristiana se fortaleció cuando Elizabeth, que entonces tenía tres años, se curó sola después de pasar tres semanas en cama con fiebre alta por una gran infección en el oído.

Sara permaneció junto a Elizabeth todas las noches. Cuando la pequeña le preguntó si Cazalet vendría a su habitación y se sentaría junto a ella, Sara recordó el poder curativo de las plegarias de él. «Victor se sentó en la cama y la sostuvo en brazos y le habló de Dios. Los grandes ojos oscuros de ella escudriñaban su cara, bebiendo todas sus palabras, creyendo y comprendiendo. Una maravillosa sensación de paz inundaba la habitación. Yo apoyé mi cabeza a un lado de la cama y me dormí por primera vez en tres semanas. Cuando desperté, Elizabeth estaba profundamente dormida. La fiebre había desaparecido.»

Ese mismo año, el de sus tres años, Cazalet le regaló a Elizabeth una poni New Forest llamada Betty. Aquella fue la mejor época en la vida de Elizabeth, dijo su madre décadas más tarde, porque fue la única en la que se le permitió ser niña. Le encantaba cabalgar por los prados verdes y «el aislamiento, la soledad, la compañía de un animal... es algo maravilloso y terapéutico».

Fue entonces cuando Sara supo que Elizabeth tenía una conexión especial con los animales. Una vez, *Betty* tiró a Elizabeth y a Howard, que la montaban, encima de un matojo de ortigas. Elizabeth se levantó, recuerda Sara, se montó alargada contra el lomo desnudo de *Betty*, la rodeó con sus brazos y le habló todo el tiempo mientras recorría los campos, y nosotros parados ahí con las bocas abiertas. A partir de ese momento se hicieron amigas. La manera en que Elizabeth «amansaba» a los caballos (o a cualquier animal) fue la que más tarde la conduciría a desempeñar su papel de Velvet Brown en *Fuego de juventud*, el personaje que la llevó a la fama.

Fueron aquellos días en la campiña inglesa con su caballo los que Elizabeth más atesoraba. «Cuando comencé a actuar me encantaba jugar con los perros y los caballos —decía—. Cabalgar me producía una sensación de libertad y de abandono, ya que cuando niña estuve tan controlada por mis padres y por el estudio que cuando me subía a un caballo sentía que podía hacer lo que me viniera en gana.»

Elizabeth adoraba a su hermano mayor y su amistad con él siguió siendo fuerte durante toda la vida. Cada uno de ellos tenía cualidades que el otro admiraba: para Elizabeth era el espíritu libre de él y para Howard era la perseverancia de ella. Le encantaba ver boxear a su hermano mayor y lanzaba un gritito de placer cuando él acertaba una izquierda en la mandíbula de su oponente. Llegó a convencer a sus padres de que le regalasen un par de guantes de boxeo y le pidió a Howard que practicara con ella antes de cada encuentro. Le divertía hacer el papel de hermanita peleona. «Se abalanzaba sobre él con toda su fuerza y se ponía furiosa si su hermano no le daba una buena paliza —recordaba Sara—. Solía gritarle: “¡Más fuerte, Howard! ¡Dame más fuerte!”.» Él tenía que dejarla prácticamente KO para satisfacerla. Pero él seguía gastándole bromas como cualquier hermano a su hermana pequeña y ella odiaba la abreviatura de su nombre (Liz) porque decía que sonaba como si alguien silbase —*Lizzzzzzz*— y también porque Howard solía llamarla *Lizzie the Lizard* (Lizzie la lagarta).

Sara era consciente del efecto que causaba la belleza de Elizabeth en las demás personas y se aseguró de que su hija tuviese todas las oportunidades posibles de mezclarse con la élite. La apuntó a aprender danza en la prestigiosa escuela Vacani, a la que habían acudido dos generaciones de mujeres de la familia real. A los tres años y medio Elizabeth participó en un recital de caridad que se llevó a cabo en el Queen's Hall. Entre el público estaba la Elizabeth más famosa de su época, la joven princesa Isabel, junto con su hermana la princesa Margarita.

Elizabeth y sus compañeras llevaban tutús y alas de mariposas y, al finalizar, Elizabeth hizo una reverencia muy marcada, con

los brazos bien abiertos y los dedos aleteando. Se quedó sola en medio del escenario, después de que las otras bailarinas se hubiesen marchado, con la cabeza inclinada hacia el suelo y los brazos aún abiertos, como en un trance.

Sara se sentía como en el cielo. Elizabeth podía llegar a hacer realidad su propio sueño abandonado: podía convertirse en la estrella que Sara siempre había deseado ser. «¡El recinto se volvió loco!», escribió, recordando el telón que subió y bajó varias veces mientras su hija permanecía en el centro del escenario. «Y supe que llegaría el día en que querría seguir mis pasos. Aún puedo oír los aplausos de la magnífica noche, diez años atrás, en que se estrenó *The Fool* en el teatro Apollo de Londres y yo, en el papel de la pequeña discapacitada, me quedé sola en medio del escenario y me llamaron a saludar doce veces mientras los espectadores británicos, que tenían fama de tibios, gritaban “¡Bravo! ¡Bravo!”»

Para Elizabeth aquello fue una revelación personal. Era de naturaleza tímida —a menudo se asustaba «a muerte», como ella solía decir—, pero descubrió que sobre el escenario era capaz de meterse en la piel de otra persona y liberarse de su ansiedad. «En ese escenario sentí una sensación maravillosa: el aislamiento, la grandiosidad, el sentimiento de espacio interminable, las luces, la música, y luego los aplausos que vuelven a traerte a la realidad, el ruido que te repica junto a la cara.»

Y entonces, en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, la vida cambió de repente y para siempre. La de Elizabeth, una vida de recoger prímulas y campanillas y de montar a caballo en las interminables colinas verdes de Inglaterra, finalizó. Elizabeth dijo tiempo después que si no hubiese habido guerra, es probable que ella hubiera llegado a ser una señorita de la sociedad inglesa y habría permanecido casada con un hombre que tuviese un empleo seguro y tenido un montón de hijos. Pero el destino decidió otra cosa. Después de una tarde de té con Winston Churchill, que aún no era primer ministro, pero sí un político sumamente influyente, Cazalet llevó a Francis aparte y le dijo que tendría que enviar a Sara, Elizabeth y Howard a Estados Unidos inmediatamente. La última vez que Elizabeth estuvo en Little Swallows fue

en la Pascua de 1939. Como miles de estadounidenses que abandonaron Inglaterra, los Taylor literalmente corrieron para salvar la vida.

Sara subió al *SS Manhattan* con sus dos hijos, y el plan era que Francis se reuniera con ellos en cuanto pudiese liquidar sus negocios en Londres. Durante el viaje, que duró una semana, Elizabeth vio *La pequeña princesita* con Shirley Temple y se enamoró del cine. En aquella época, Sara tenía que saber que estaba llevando a su hermosa hija al sitio donde podrían hacerse realidad sus sueños. Por entonces la gente ya hacía detenerse a Elizabeth por la calle par admirar su belleza, los rizos negros negros que enmarcaban una carita perfectamente simétrica y los ojos de un azul profundo que parecían de alguien mayor a sus años. Decían que Elizabeth se parecía a Vivien Leigh, la protagonista del arrollador éxito de 1939 *Lo que el viento se llevó*, y que debiera haber hecho una prueba para el papel de hija de Vivien.

Una vez instalados en Los Ángeles, Sara se obsesionó con hacer una estrella de su hija. Su estilo de vida opulento desmentía su menguada cuenta corriente. Llegaron a no tener más que 25 dólares y Francis, que aún estaba en Inglaterra, no podía enviarles más dinero por culpa de la guerra. Recortaron sus gastos vitales, siendo su mayor sacrificio renunciar a las carnes rojas, lo cual no fue nada comparado con las privaciones que sufrieron muchas personas durante la guerra. Habían escapado por poco: exactamente cinco meses después de marcharse ellos, Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Ellos perdieron el acento inglés y Sara dejó de ser *Mami* para volver a ser *Madre*. Pero Elizabeth extrañaba aquello desesperadamente. Se quedaba en su habitación escuchando música clásica y lloraba al pensar en Inglaterra y en la campaña que tanto amaba.

Sara quería centrar la energía de Elizabeth sobre su carrera. Todas las noches le leía la Biblia de la Ciencia Cristiana. Elizabeth subrayó un pasaje en especial: «El amor inspira, ilumina, diseña y señala el camino. Los motivos correctos dan alas al pensamiento, y fuerza y libertad al discurso y a la acción». Si este equipo formado por madre e hija deseaba algo con la fuerza suficiente, iba a

conseguirlo. Elizabeth se había convertido en la razón de ser de Sara. En cada habitación de su casa de Los Ángeles había entre seis y doce fotografías de su hija.

Cuando Francis se reunió con su familia en Los Ángeles debió de haberse asustado por lo que encontró. Durante la cena, Sara hablaba con Elizabeth acerca de actuar y proyectos cinematográficos mientras Francis y Howard comían en silencio. Décadas más tarde, después de que Sara muriese en 1994, la abogada de Elizabeth, Barbara Berkowitz, fue a la casa de Sara en Palm Desert, California, para ayudar a reunir sus pertenencias. «Nadie hubiera dicho que también tenía un hijo», dijo la abogada. Podría decirse que Howard era un hijo diligente y solícito, que estaba pendiente de su madre, que la invitaba a pasar temporadas con él y su familia y se aseguraba de celebrar sus cumpleaños. Pero Sara nunca lo trató ni con la mitad del respeto que reservaba para Elizabeth.

A Francis le incomodaba cada vez más la singular atención que Sara prestaba a Elizabeth. Le hacía ensayar una y otra vez el mismo papel que había desempeñado ella en *The Fool* tantos años atrás. Le enseñó cómo llorar en el momento preciso. Francis contemplaba impotente cómo Sara entrenaba a su hija en asuntos de etiqueta, a quedarse en su marca y a hallar su mejor iluminación. «Renuncié a mi carrera cuando me casé con tu padre —le dijo a Elizabeth—, y ni todos los caballos ni todos los hombres del rey³ conseguirían que la recuperase.» La verdad era que jamás había logrado alcanzar el éxito profesional que tanto había deseado, y ni el matrimonio ni los hijos habían conseguido llenar aquel vacío.

Sara siempre decía que trataba de impedir que Elizabeth hiciese pruebas para papeles cinematográficos, pero estaba claro que iba a hacer todo lo que estuviese a su alcance para convertir a su hija en una rutilante estrella. «Dondequiera que fuese, incluso cuando aún era una niña pequeña, la gente la seguía diciendo: “Mirad esos ojos. ¿Alguna vez habéis visto ojos más hermosos? ¡Ah, esta niña tendría que rodar películas!”.» Decía que le costaba

3. Alusión a la popular (en países angloparlantes) rima infantil *Humpty Dumpty*, que a su vez alude a *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. (N. del T.)

mucho trabajo conseguir que Elizabeth no se diera cuenta de lo bella que era. «¿No es curioso? La gente me solía decir lo mismo a mí cuando tenía tu edad —le dijo a la niña—. Es la manera que tienen de demostrarte su amistad.» Elizabeth asentía y sonreía a la gente, exactamente como su madre le había indicado.

Sara rememoraba: «No importa lo que hiciéramos ni a dónde fuéramos, parecía predestinado a seguimos... o mejor dicho, a seguirla a ella. Finalmente, llegó un momento en que aquello fue tan insistente que nos preguntamos si no estaríamos interfiriendo con lo que parecía ser su destino asignado».

Francis y Sara alquilaron una casa en Pacific Palisades y apuntaron a Elizabeth en la misma escuela a la que acudían los hijos del poderoso productor y director de estudios Darryl Zanuck y también los de la actriz Norma Shearer. Los fines de semanas transcurridos en la piscina de los Zanuck con la familia de la Shearer fueron algo más que citas para jugar: se trataba de presentar a Elizabeth a la gente poderosa de Hollywood. Cuando esto no se tradujo inmediatamente en contratos para películas, Sara tomó cartas en el asunto.

★ ★ ★

Según Sara, ella y Elizabeth estaban haciendo compras un sábado por la mañana y se detuvieron delante de la nueva galería de arte de Francis, que estaba dentro de la galería comercial del hotel Beverly Hills, en Sunset Boulevard. La tienda exhibía pinturas que Francis había traído desde Inglaterra antes de que comenzara la guerra. Se detuvieron para «saludar a papá» y terminaron comiendo con él, con Reggie Allen, que presidía el departamento de historia de los estudios Universal, y con Andrea Berens, que estaba a punto de casarse con J. Cheever Cowdin, el presidente de Universal. Berens estaba en la galería de Francis porque el famoso retratista galés Augustus John había pintado su retrato y ella sabía que Francis llevaba la obra de John.

También según Sara, después de comer Francis los dejó porque tenía que hacer algunos trámites. Ella se quedó para mostrarle a Berens las pinturas de John. Berens preguntó si había dibujos

y Sara los trajo y los dispuso sobre el suelo. Al final, dijo Sara, ese día le vendió dibujos y pinturas por valor de 21.000 dólares (aproximadamente 400.000 dólares de hoy). Mientras se cerraba el trato, Sara se aseguró de que Elizabeth y Berens tuvieran tiempo para conversar. Antes de irse, Berens dijo: «Cheever tiene que ver a esta niña». Sara aceptó inmediatamente e invitó a Cowdin y a Berens a su casa el domingo siguiente para tomar el té. Ahora le tocaba a Elizabeth causar buena impresión ante Cowdin.

Después del té en el jardín, Sara llevó adentro a Berens para mostrarle más pinturas de Augustus John, pero le perdió la pista a Cowdin... o al menos es lo que ella dijo. «Al mirar afuera, vimos que estaba totalmente concentrado y rodeado por muñecas. Elizabeth, para *cuidarlo*, había hecho varios viajes escaleras arriba para traer todas sus muñecas. Había cochecillos, sillas altas, camas, coches infantiles, y carros llenos de muñecas... y Cheever, riendo como un crío, se lo estaba pasando muy bien.» Sara describió aquello como el punto de inflexión en la vida de su hija de nueve años, pero el camino de Elizabeth hacia el estrellato infantil no iba a ser tan llano.

«Cheever Cowdin y Andrea Berens nos rogaron que dejáramos que Elizabeth hiciese una prueba en los estudios Universal», recordó Sara, fingiendo que ella no había tenido nada que ver en el asunto, aunque había sido ella la que quiso más que nadie aquella prueba. «Estaban convencidos de que la niña tenía un talento natural para el cine. Más tarde le dije a papá: “Es curioso como este tema de las películas nos persigue. Quizá tenga que ser así. Quizá no debemos interponernos en su camino hacia el futuro”.»

La tarde anterior a la prueba en Universal, Sara y Elizabeth se sentaron con su libro de oraciones de la Ciencia Cristiana y la madre le recomendó a la pequeña que tuviera solo pensamientos positivos. Después de todo, ese tipo de pensamientos había convertido a la niña en una belleza, y Sara estaba convencida de que también la convertirían en una estrella. Poco después de la prueba en Universal, Sara llevó a Elizabeth a una clase de música que estaba llena de otros niños, hijos de personas muy influyentes. Entre sus compañeras de clase estaban las nietas de Louis B. Mayer, el

jefe de MGM. Mayer era un inmigrante ucraniano y el más poderoso creador de estrellas de la industria, que dirigía el más grande de los «Cinco Grandes» (estudios). Otra compañera era la hija de Carmen y John Considine Jr., un productor de éxito. Allí Elizabeth cantó el *Danubio Azul*.

Según cuenta Sara, «la voz de Elizabeth se alzó como un pájaro, y cantó con toda la alegría de su corazón». Al terminar recibió un enorme aplauso. Carmen quiso que Elizabeth conociese a su marido, que por entonces estaba en MGM.

Cuando Sara le habló a Carmen de la prueba que había hecho Elizabeth en Universal, Carmen le hizo prometer que no firmaría nada con Universal hasta haber hecho otra prueba con MGM.

Al día siguiente, fueron a MGM para encontrarse con Considine y Sara tocó el piano mientras Elizabeth cantaba «como un pájaro, gorjeando e inventándose las palabras».

Considine dijo: «Traigan al señor Mayer».

Antes de ir a coger un avión para Nueva York, Mayer, que en ocasiones daba la impresión de alguien imponente y amenazador, miró a Elizabeth con la mente en otra cosa y dijo: «Contratadla». MGM le ofreció un contrato por siete años a razón de cien dólares a la semana (unos 1.900 dólares de hoy), con opciones anuales.

Sara, sin embargo, tuvo la osadía de enfrentarse a MGM con Universal y reveló a Cowdin lo que le había ofrecido MGM. Cowdin dobló la oferta a la extravagante suma de 200 dólares a la semana y Elizabeth firmó un contrato por siete años con Universal. Sara pensó que al ser Universal un estudio más pequeño, Elizabeth recibiría más atención. Pero Elizabeth prefería MGM, del que Katharine Hepburn, Lana Turner y Clark Gable habían dicho que «tenía más estrellas que el cielo». Hay que decir que esas estrellas habían sido fabricadas, promovidas y a veces destruidas por el mismo Mayer.

Sin embargo, firmar un contrato con Universal terminó siendo una mala decisión. En 1942, cuando Elizabeth aún no había cumplido diez años, debutó en *There's One Born Every Minute*, con el actor principal Carl Switzer, que tenía el papel de Alfalfa

en *La pandilla*. La película no tuvo éxito y el papel de ella era muy poca cosa. «Éramos dos chiquillos malcriados —recordaba Elizabeth más adelante—, y por lo que recuerdo lo único que yo tenía que hacer era corretear y arrojar bandas elásticas al trasero de las señoras.»

Al terminar el año de contrato, Universal no renovó su opción y Elizabeth se quedó sin trabajo. El director de repartos de Universal dijo: «Esa criatura no tiene nada. Los ojos son los de una persona mayor, no tiene cara de niña». Tenía diez años, no cantaba como Judy Garland y carecía de la inocencia de Shirley Temple. Sara estaba destrozada y Elizabeth se sintió miserable. «Solo tenía una cosa en mente —dijo Sara—. Volver a MGM. Todos los días me rogaba que la llevase a Metro. Yo no sabía qué hacer.»

Sara le contó a su amiga Thelma Cazalet, hermana de Victor, lo deprimida que estaba Elizabeth y Thelma utilizó sus contactos para presentarles a las dos a la columnista Hedda Hopper. Tiempo atrás, Hopper había sido una actriz mediocre, pero para entonces era una periodista de lengua rápida y enorme influencia: tenía treinta y cinco millones de lectores por todo el mundo. En el verano de 1942, después de que Universal la despidiera, Sara llevó a Elizabeth y la presentó a Hopper con la esperanza de que escribiera algo positivo sobre ella o la presentara a los ejecutivos de algún otro estudio. Elizabeth cantó su socorrido *Danubio Azul*, pero Hopper no se sintió impresionada y sentenció que su futuro «no era el canto». Y no les ofreció nada.

Las ganancias de Elizabeth habían ayudado mucho a la familia durante la guerra y las utilizaron para financiar su extravagante estilo de vida. Para esas fechas, los Taylor se habían trasladado de Pacific Palisades a una gran casa de estilo mediterráneo con un tejado rojo en Elm Drive, Beverly Hills. Sara tenía que encontrar alguna otra manera de volver a MGM. La encontró gracias a Francis, que entonces era vigilante de incursiones aéreas y tenía la responsabilidad de patrullar el vecindario por si la guerra llegaba hasta Estados Unidos. Francis se hizo amigo de Sam Marx, otro

vecino que también vigilaba. Marx era productor de MGM y estaba trabajando en una película titulada *La cadena invisible*.

—Está casi finalizada —le comentó a Francis—, pero la chica protagonista es demasiado alta para Roddy McDowell. Tenemos que encontrar otra más baja.

Necesitaban una joven con acento británico, pero como la guerra era muy dura en Europa tenían problemas para encontrarla. En Estados Unidos había un fortísimo sentimiento probritánico ya que ambos países eran aliados en su lucha contra el fascismo. Francis propuso a su hija y Marx le pidió que la llevaran inmediatamente si querían tener la oportunidad de colocarla en la película. Esa tarde ya habían examinado a veinticinco chicas y las pruebas finalizaban a las seis. Sara y Elizabeth llegaron al estudio a las seis menos cuarto, y estaban a punto de seleccionar a una de las chicas que ya habían pasado la prueba porque nadie esperaba mucho de Elizabeth. De ninguna manera iba a permitir Sara que su hija perdiese la oportunidad porque ya había visto lo rápido que se destruye una ilusión. Elizabeth solo pudo leer el guion una vez.

—Ya estoy lista, gracias —anunció con toda confianza. A Elizabeth le encantaba actuar y consideraba que las películas eran una prolongación del mundo de la ficción: jugaba a disfrazarse y le pagaban por ello. No tenía ni idea acerca del dinero, pero sus padres desde luego que sí.

Se sentó en el centro del estudio de sonido e hizo como que acariciaba a un collie que solo existía en su imaginación. «Pobre *Lassie*, pobrecilla», dijo tristemente, con la mano en el aire. Cuando terminó, el director dijo: «Lo ha logrado. Es perfecta para el papel». Cuando llegó al estudio el primer día de trabajo, el cámara la miró y le dijo:

—Cariño, ¿te importaría volver a la sala de maquillaje para que te quiten un poco de maquillaje? Llevas demasiada máscara y delineador.

Elizabeth se ruborizó y le respondió que no llevaba ni una pizca de maquillaje.

Aun cuando era Sara la que la empujaba a hacerlo, a Elizabe-

th le encantó la experiencia. «Era algo mágico vivir la fantasía que tienen todas las chicas», explicó. MGM firmó con ella un contrato a largo plazo por 75 dólares a la semana, menos de lo que le había ofrecido antes, pero era un comienzo. Ser la madre de Elizabeth en el plató fue el trabajo a tiempo completo de Sara: la acompañaba siempre y la defendía cuando creía que necesitaba defensa. Para ello se le pagaba con parte del salario de su hija. Se apartaba el diez por ciento del salario bruto de Elizabeth y se usaba para comprar bonos de guerra a nombre de la niña. El resto de su paga, según el contrato con MGM de 1943, «puede ser retenido por la mencionada Elizabeth Taylor, y por Francis Taylor y Sara Taylor, su padre y su madre respectivamente». Esta fraseología daba a los padres de los actores y actrices infantiles una gran flexibilidad por lo que respecta a la cantidad del dinero de sus hijos que ellos se quedaban y a cuánto reservaban para los niños.

Aunque protegida por su madre, que se hizo famosa por pelear por ella con los ejecutivos del estudio, la atención de Sara podía llegar a ser sofocante. «[Estaba] tan absolutamente vigilada que nunca tenía un momento para estar sola y pensar o sencillamente estar en silencio.»

★ ★ ★

La cadena invisible se estrenó en 1943 y, si bien Elizabeth tenía un papel breve, la película, rodada en color —cosa poco frecuente en la época—, fue un éxito monumental y afirmó la carrera de Elizabeth como una de las estrellas infantiles de MGM. En un par de años iba a convertirse en la joya de la corona de la empresa más grande del mundo dedicada al entretenimiento. Pero para ella lo más importante que le aportó el filme fue la amistad con su compañero, el actor británico Roddy McDowall, cuatro años mayor que ella y protagonista de la historia, una amistad que iba a durar toda la vida.

McDowall nunca iba a olvidar su sorpresa la primera vez que la vio. «Trajeron a esa niña al plató y yo comencé a reír por lo extraordinariamente guapa que era. Un rostro muy maduro para

una niña. La criatura más asombrosa que yo había visto nunca», explicó.

Elizabeth llegó a ver a McDowall como a un hermano mayor, y el actor iba a convertirse en uno de los muchos hombres gais que iba a haber en su vida y que ella trataba como a hermanos. Años más tarde, McDowall describió a Elizabeth como «la amiga perfecta». «Roddy te hace sentir que eres tremendamente valiosa para él y seguramente para todos los demás también —escribió ella—. Te ríe los chistes de manera que te sientes un poco más divertida de lo que eres en realidad. Hace que te sientas admirada e importante. Ese es su genio.»

Después MGM «prestó» a Elizabeth a 20th Century Fox para un pequeño papel, que no figuró en los créditos, el de la angelical Helen Burns en *Jane Eyre*, de 1943, protagonizada por Orson Welles y Joan Fontaine. Aparece en pantalla menos de cinco minutos antes de que su personaje muera, pero se apodera de la escena. Volvió a MGM para hacer *Las rocas blancas de Dover* junto a McDowall. Fue entonces cuando la directora del colegio de Elizabeth convocó a Sara y le dijo que tendría que buscar otra escuela para la niña porque ya se había convertido en una distracción para las demás: con ella en la clase, las otras alumnas no podían concentrarse. Esto fue un inconveniente para Sara, pero también una señal muy clara: su hija estaba llegando a ser una auténtica estrella de cine.

A la edad de diez años, sus padres la apuntaron a la escuela de MGM, a la que asistió durante los siguientes ocho años. Esa iba a ser la única escuela que conoció. Hizo que se sintiera aislada, ya que en ocasiones era la única estudiante de su curso. Se le pedía que asistiese cada día a tres horas diarias de estudio concentrado, que finalizaban a las cuatro de la tarde. Ella añoraba la escuela normal, donde las clases se prolongaban a lo largo de seis horas y podía jugar y bromear con sus amigas.

MGM era un universo en sí mismo. El estudio ocupaba 676.000 metros cuadrados en Culver City y poseía hospital propio, lagos propios, un zoo privado y una cafetería donde estrellas del calibre de Spencer Tracy, Fred Astaire, Lana Turner y Greer

Garson tomaban su almuerzo muy a menudo. «Cada vez que Clark Gable entraba en la cafetería, a mí se me caía el tenedor de la mano», recordaba Elizabeth. Louis B. Mayer era el rey absoluto: hasta la sopa de pollo del menú era receta de su madre. A Elizabeth le gustaba especialmente el suave aroma del maquillaje que utilizaban las mujeres. En una ocasión se armó del suficiente coraje para acercarse a la mesa en la que comía Katharine Hepburn y pedirle que firmara en su cuaderno de autógrafos, pero Hepburn estaba distraída. «Yo la admiraba tanto, porque era una de las realmente grandes, que de repente me quedé helada; luego sentí muchísimo calor y empecé a temblar. Ella fue muy amable, pero ese fue el último autógrafo que pedí jamás.» Quince años más tarde actuaron juntas en *De repente, el último verano*.

Actores vestidos de *cowboys* y de soldados romanos desfilaban junto al edificio blanco de la escuela, que según la actriz infantil Margaret O'Brien tenía una valla de estacas y una bandera estadounidense al frente. A la cabeza de la única aula con doce asientos de la escuela había una maestra llamada señorita McDonald, que tenía que habérselas tanto con niños de parvulario como con adolescentes de diecicocho años. Todos ellos hacían equilibrios para combinar sus trabajos a jornada completa con sus estudios. Margaret, que era cinco años más joven que Elizabeth, a menudo jugaba con ella en el pequeño campo de juegos de la escuela.

—No tenía a nadie con quien comentar sobre las clases que daba. Me sentía muy aislada —recordaba Elizabeth—. Solía meterme en el lavabo de señoras y ahí soñaba despierta durante unos diez minutos porque estaba bajo supervisión constante.

A Elizabeth le gustaba imaginarse como la estrella de su propio espectáculo, como en *La vida secreta de Walter Mitty*, película en la que Danny Kaye interpreta a un hombre que lleva una vida aburrida, pero que se ve a sí mismo como el héroe de las historias creadas por su propia imaginación. Elizabeth estaba *waltermittyando* uno de esos días y se quedó en el lavabo más tiempo del habitual. Cuando la señorita McDonald la reprendió, Elizabeth decidió que la próxima vez iba a ser más específica y escribió en la pizarra, en letras pequeñas: «E entra al lavabo 10.03». Y cuando

regresó a la clase escribió: «E sale del lavabo 10.06. Misión cumplida».

Pensaba qué maravilloso debía de ser hacer cosas como mirar por encima del hombro de un compañero para robarle las respuestas de un examen. «No había ningún hombro por encima del cual mirar porque cada uno estaba en un curso diferente», bromeaba. En toda la escuela solo había una docena de niños o así, y además de Roddy McDowall y más tarde Debbie Reynolds, ninguno tenía su edad. Envidiaba a Debbie, que había asistido al Instituto Burbank antes de comenzar en la escuela de MGM.

Elizabeth sentía también que había algo intrínsecamente deshonesto en todo aquel montaje. Años más tarde recordó lo difícil que era ser una estrella tremendamente rentable a la vez que una estudiante. «En el plató había un pequeño cuchitril negro y tenías tu profesor particular, y lo mínimo que podías estar ahí dentro era diez minutos. O sea que en diez minutos tenías que meterte cosas en la cabeza, luego ir al plató, decir tus líneas, volver, retomar donde lo habías dejado, salir. Volver a meterte en tu personaje... No era fácil, no sé cómo todos nosotros no éramos una panda de esquizofrénicos. Bueno, varios lo éramos.»

El legendario director George Stevens, que dirigió a Elizabeth en *Un lugar en el sol* y en *Gigante*, dijo que MGM creó «un patriarcado artificial» alrededor de ella. «Ocupó el lugar de su propio padre. El estudio, como un papá dominante, era a veces riguroso y otras veces cariñoso. Durante todo el día algún empleado iba diciéndole lo que tenía que hacer y lo que no. Elizabeth pasó todos sus días de preadolescente y adolescente dentro de los muros de Metro Goldwyn Mayer, sin tiempo para jugar ni tener contacto con otros niños. Entre tomas, la mandaban a algún sitio donde había una habitación vacía para que estudiase.»

«Le debe de haber resultado aburrido rodar cuando ya estaba llegando al final de la adolescencia —dijo Stevens, comparando la actuación con el fútbol americano—. Entrabas en el equipo a los doce años: si eres *quarterback* en el equipo de secundaria a los doce años, debes de estar harto del fútbol para cuando entras en la

universidad.» Detrás de su agradable sonrisa, «su deseo de escapar de todo aquel asunto era como un tsunami».

Elizabeth consideró su niñez en MGM «una extraordinaria forma de confinamiento de la exuberancia juvenil». Sus posteriores ansias de amor matrimonial son más profundas de lo que parece, dijo, porque para una mujer como ella, casarse y tener hijos era «la manera aceptable de escapar».

«Si para escapar del estudio te retiras o tomas demasiadas pastillas para dormir [Marilyn Monroe había muerto justo un mes antes], estás dañando a los sindicatos, estás destruyendo la industria... Una chica realmente no puede decir “lo dejo”... Así pues, ¿qué le queda? Tiene que casarse y entonces ya no hay más discusiones: quiere casarse y tener hijos.» Desde luego, Elizabeth sabía instintivamente que Stevens tenía razón, por injustas que fueran las expectativas para las actrices de aquella época. Elizabeth pasó mucho tiempo de su vida tratando de mantenerse apartada de la mercancía en la que se había convertido, y cuando tuvo la edad suficiente encontró una vía de escape por medio del matrimonio. Solo el contrato de la película *Cleopatra* muestra su firma a lo largo de varios períodos de rodaje con tres nombres diferentes: «Elizabeth Taylor», «Elizabeth Fisher» y «Elizabeth Taylor Burton».

Antes de que se casara, el control de Sara sobre ella no cedió nunca. Durante el almuerzo en la cafetería del estudio, Stevens recuerda que Sara decía cosas como «Elizabeth dice» o «Elizabeth piensa» cuando la misma Elizabeth estaba sentada junto a ella. «Yo sentía ganas de gritarle: “¿Por qué no dejas que lo diga ella misma?”». »

Elizabeth asistía a fiestas de piscina organizadas por el estudio o por los padres de otras estrellas para que los fotógrafos de las revistas para fans, como *Photoplay* y *Movie Gems*, pudieran hacerles fotos. Por unos momentos se olvidaba de las cámaras y se zambullía en lo más profundo y emergía riendo a carcajadas y sacando agua por la nariz. Pero el instante pasaba y ella volvía al estado de atención como todas las demás estrellas jóvenes. La diferencia era que Elizabeth no podía soportar la hipocresía. Cuando

el fotógrafo de una de las revistas le pidió que posara secando platos se negó. «No hagas esa foto, por favor —le dijo al hombre—. Van a pensar que me gusta secar los platos y todos los muchachos se preguntarán qué diablos me pasa.»

Russ Tamblyn, que desempeñó el papel del hermano pequeño de Elizabeth en la película *El padre de la novia*, de 1950, recordaba que la maestra McDonald llevaba el cabello oscuro partido exactamente en medio y atado en un moño apretado, y las blusas cerradas hasta el último botón. «Era muy estricta —recordaba—, y nos vigilaba a todos, así como al enorme salón en el que había una mesa de pimpón.» Pero esas reglas no estaban hechas para Elizabeth. «Era muy independiente y le contestaba a la señora McDonald», dijo también Tamblyn.

Además del edificio de la escuela, los niños que actuaban tenían sus propios camerinos y educadores privados en el estudio. «No nos hacían trabajar demasiado ni a Elizabeth ni a mí —recordaba Margaret O'Brien. Pero eso no se debía a su buen corazón—. Cuando Elizabeth y yo estábamos en el estudio, después de que Judy Garland se hubiera marchado del colegio, la Junta de Educación sentenció que no podíamos trabajar seguido desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Antes de eso, con Mickey [Rooney] y Judy, los niños que actuaban podían trabajar las horas que el estudio necesitase. Incluso si yo quería finalizar una escena y era una escena de llanto y no quería rodarla a la mañana siguiente, la señora McDonald entraba en el plató y nos llevaba fuera. Le temíamos mucho.»

Elizabeth odiaba que la trataran como «un bicho raro». Quería ir a la universidad, pero no era posible quitarle tiempo a su carrera. Cuando le dijo a su madre que estaba pensando en postularse para la UCLA (University of California Los Ángeles), Sara desechó la idea de inmediato. «Apuesto a que todas las chicas que van a UCLA desearían ser Elizabeth Taylor.»

Russ Tamblyn también recordaba haber asistido a la solitaria fiesta de graduación de Elizabeth en la poco poblada escuela. La chica compartió su tarta con Tamblyn y también con las estrellas

infantiles Dean Stockwell y Jane Powell. Pero incluso en compañía de ellos se sentía como una extraña.

★ ★ ★

Hubo una película que convirtió a Elizabeth de niña actriz en mercancía valiosa. En el otoño de 1943, el productor Pandro S. Berman buscaba una chica para un papel muy especial: necesitaba una niña que fuera guapísima, que tuviese un perfecto acento británico y que supiera cabalgar para que interpretase a Velvet Brown, la protagonista de *Fuego de juventud*, película basada en la novela superventas de 1935 de Enid Bagnold. Años atrás, Berman había pensado en Katharine Hepburn, pero ahora ya era demasiado mayor para el papel.

El filme está ambientado en Inglaterra en el período entre-guerras, en una época en que las mujeres tenían limitado y cuidadosamente definido su papel en el mundo: el nombre aparecía en la prensa tres veces: cuando nacía, cuando se casaba y cuando moría. A las mujeres no se les permitía heredar propiedades y en Inglaterra no pudieron votar hasta 1928 (la Decimonovena Enmienda de la Constitución de Estados Unidos fue ratificada en 1920, pero no se aplicó con igualdad a todas las mujeres, y en muchos sitios del país las de raza negra no pudieron votar durante muchos años más). Elizabeth interpreta a Velvet, la hija de un carnicero en la Inglaterra rural, que sueña con ganar un caballo llamado The Pie (Pastel) en una lotería de su pueblo. Cuando lo gana, tiene la fantasía de cabalgarlo y llevarlo a la victoria en el Grand National Steeplechase, una carrera de caballos en la que los *jockeys* solo podían ser hombres. Mickey Rooney, que para entonces era mucho más famoso que Elizabeth, interpreta al desilusionado *jockey* que ayuda a Velvet a hacer realidad su sueño de ganar la carrera disfrazada de chico, lo cual, desde luego, era una jugada increíblemente audaz y valiente. Aun cuando al descubrirla la descalifican, Velvet se llena de orgullo por haber logrado ganar la carrera. La película cuenta una historia de empoderamiento femenino y de la elección entre sus sueños y la familia a la que se ven obligadas las mujeres.